

En una de las cárceles de Bogotá se efectuó alguna vez una comunión de presos. Muchas damas de la primera sociedad les sirvieron un succulento desayuno, después de la comunión, y les repartieron ropas, cigarros y dulces.

La fiesta estaba animadísima: las charangas llenaban el espacio con sus notas alegres, y los presos, olvidando momentáneamente sus penalidades, mostrábanse contentos y decidores.

Don Ricardo Carrasquilla, que era uno de los organizadores de aquella fiesta de caridad, iba de grupo en grupo, animando a unos, regocijando a otros, soltando un chiste acá, improvisando una redondilla allá, recitando unos versos acullá.

Al pasar cerca a un grupo de damas, una de ellas le dijo, señalando a una pareja que, muy amartelada, decíase ternezas al pie de una enredadera:

—Don Ricardo, mire usted aquel idilio.

Miró don Ricardo a los felices novios, que se arrullaban sin hacer caso de nadie, pues para cada uno de ellos el universo se condensaba en la mirada del otro.

—¿Quiénes son ese Romeo y esa Julieta?— preguntó.

—Fulano Ortiz y Fulanita Cadena—le contestó la dama—. Me parece que es mano de una improvisación.

—Con mucho gusto, mi señora—contestó galantemente don Ricardo.